

Descripción del curso temporal del lenguaje desde la percepción lingüística en el vientre materno, hasta el desarrollo narrativo del discurso infantil

69

JÍLMER J. MEDINA C.
MAESTRÍA EN LINGÜÍSTICA (ULA)
JILMERMEDINA22@GMAIL.COM

RECIBIDO: 21/07/2015 REVISADO: 21/09/2015 ACEPTADO: 12/11/2015

Resumen

En el presente trabajo se expone, sucintamente, una descripción global de las etapas concernientes al proceso de desarrollo lingüístico en los infantes, desde la percepción sonora en el vientre materno, hasta el desarrollo cognitivo de habilidades discursivas complejas. Para ello, se revisa el estado de la cuestión en algunas investigaciones sobre el lenguaje en su fase incipiente. De dichos estudios se observa que los fetos distinguen la voz humana de los sonidos ambientales y, una vez sucedido el nacimiento, la fase prelingüística inicia con la producción de sonidos vegetativos, gorjeos y las emisiones balbuceantes. Posterior a ello, comienza el desarrollo fonológico con la distinción (inconsciente) entre sonidos vocálicos y consonánticos. Así pues, mediante cierto repertorio acústico, el niño inicia el periodo lingüístico con el desarrollo léxico-semántico a través de las palabras singulares (o fase holofrástica) y el habla telegráfica. Seguidamente, comienza la instauración del componente morfosintáctico con el dominio progresivo de las reglas gramaticales propias de la comunidad discursiva en la que se inscribe el individuo. Una vez concretada la etapa anterior, el infante, a su vez, será capaz de inferir tanto el significado pragmático de algunas expresiones, como la utilidad del componente gestual. Finalmente, se inician los procesos tardíos del desarrollo lingüístico, entre los que destaca el dominio de las habilidades discursivo-conversacionales y la lectoescritura.

Palabras clave: lenguaje incipiente, percepción, desarrollo prelingüístico y lingüístico, procesos tardíos.

Description of the temporary course of the language from the linguistic perception in the mother abdomen, up to the narrative development of the infantile speech

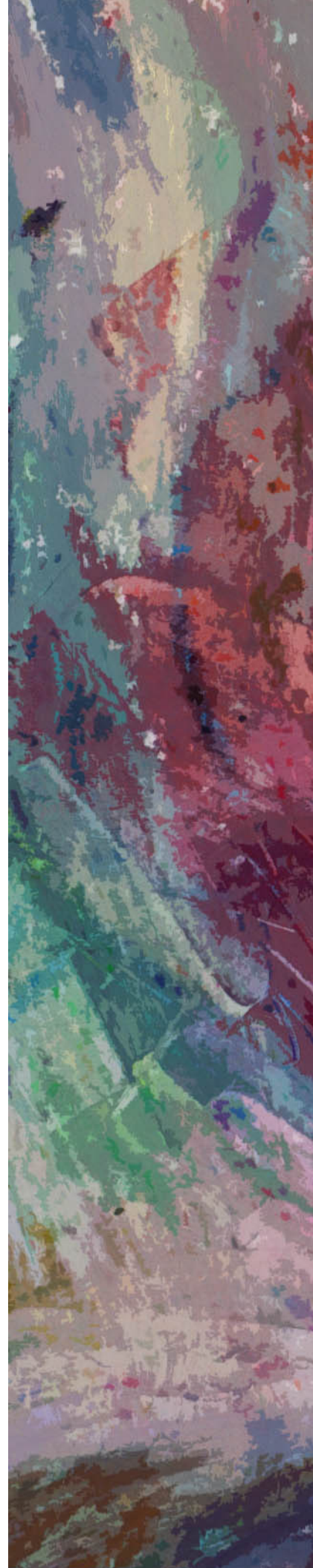
Abstract

70 In this paper is succinctly exposed, an overall description of the stages concerning the process of language development in infants, from the sound perception in the womb, to the cognitive development of complex discursive skills. For this, the state of the subject is reviewed in some researches about language in its incipient phase. These studies show that fetuses distinguish the human voice from the environmental sounds and, after birth, the pre-linguistic phase begins with the production of vegetative sounds, gurgling and babbling emissions. Following this, phonological development begins with the (unconscious) distinction between vowel and consonant sounds. Thus, through certain acoustic repertoire, the child begins the linguistic period with lexical-semantic development through the singular words (or holophrastic phase) and telegraphic speech. Subsequently, the morphosyntactic component installation begins with the progressive mastery of grammar rules own by the discursive community to which the individual belongs. Once the previous stage is completed, the infant, will be able to infer the pragmatic meaning of some expressions and the importance of gestural component. Finally, late language development processes are started, among which the domain of discourse-conversational skills and literacy stand out.

Keywords: incipient language, perception, pre-linguistic and linguistic development, late processes.

El desarrollo del lenguaje «es más que un proceso de aprendizaje del modelo adulto, un proceso activo, creativo por parte del niño(a) de tal manera que deviene re-creador de la lengua que lo rodea». Pietroseoli (1987: pp. 3, 4).

En las páginas que siguen se ejecutará una suerte de cronología descriptiva concerniente al curso temporal del lenguaje en los niños, desde antes de su nacimiento hasta la realización de actividades lingüísticas complejas como la lectoescritura y la constitución de secuencias discursivas narrativas. No obstante, es preciso indicar que para referir a los procesos anteriormente mencionados, la comunidad científica se vale de denominaciones «sinónimas» como: adquisición, aprendizaje y desarrollo, para referir al proceso que, según López-Ornat (2011: p. 1) comienza a los siete meses de gestación «y que lleva gradualmente al niño al dominio de su lengua nativa, hacia la



adolescencia». No obstante, según la referida autora, dichas expresiones «conllevan matices teóricos interesantes». En este sentido, dadas las tres posibilidades anteriormente referidas y conforme a las apreciaciones de quien acá escribe, en las páginas que siguen se empleará el término desarrollo para englobar cada una de las instancias lingüísticas necesarias para que el niño o niña domine plenamente su correspondiente lengua materna.

Una vez establecido lo anterior, y antes de referir al desarrollo lingüístico desde el vientre materno, es necesario describir el proceso de percepción (1), pues este resulta de gran importancia en las etapas subsiguientes de la configuración lingüística del menor. Harley (2009: pp. 101, 102) y Pietrosemoli (1987: 10) plantean que los bebés nacen con ricas capacidades para la percepción del habla, pues estos son sensibles a los sonidos lingüísticos desde antes de su nacimiento. Igualmente, en las obras citadas se estima que entre el primer y cuarto mes de vida, los niños son sensibles a todas las diferencias acústicas que utilizarán posteriormente para indicar distinciones fonológicas. Acuña y Sentis (2004: p. 37) estiman que el oído es funcional desde antes del nacimiento, es por ello que el niño responde en el vientre materno al sonido de la voz humana y a determinadas intensidades acústicas. Al poco tiempo de nacer, el neonato es capaz de localizar la fuente de sonido de la voz humana; a la tercera semana de vida ya discrimina sonidos, matices y tonalidades diferentes de la voz y, alrededor de los ocho meses, el niño se muestra capaz de discriminar (inconscientemente) las propiedades físico-acústicas de los fonemas de su lengua. Para Harley (2009: p. 104) la percepción del habla por parte del recién nacido determina en gran medida la posterior etapa del balbuceo (ver § 3.2).

(2) En el vientre materno, el feto percibe los estímulos lingüísticos que recibe desde el exterior. Peña Garay (2005: p. 2) señala que los resultados obtenidos dentro de la psicología cognitiva sugieren que la mente de los menores de un año estaría dotada de habilidades lingüísticas desde antes del nacimiento. En el feto, el sistema auditivo es funcional a partir de las veinticinco semanas de gestación y, desde las treinta y cinco semanas, el rendimiento del oído en el bebé es similar al del adulto. Harley (2009: p. 100) explicita que, aunque considerablemente «modificada» por su paso a través del líquido amniótico, el feto percibe la voz tanto de su madre como de otros hablantes e, inclusive, hasta los contornos prosódicos de las emisiones. Es por ello que, cuando el feto nace, se sensibiliza no solo hacia la voz de su madre, sino a la voz humana en general.

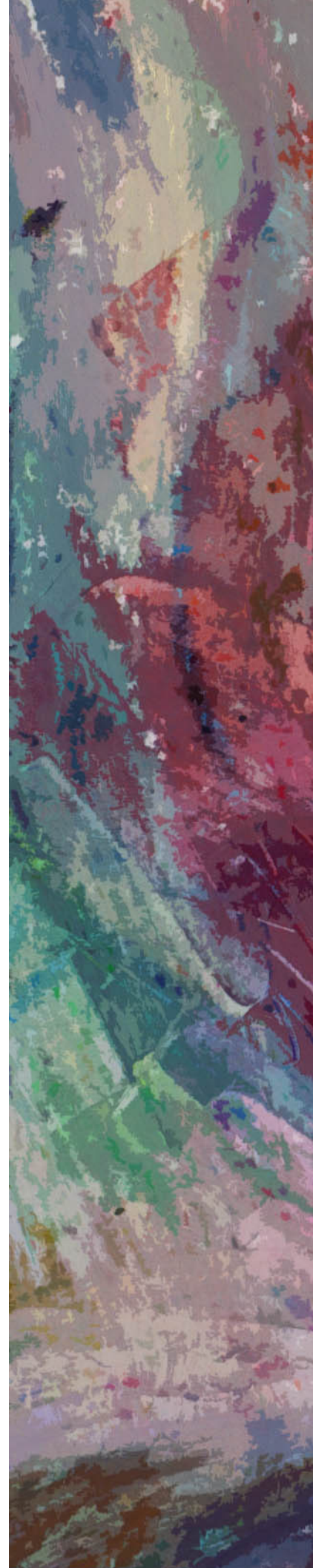
Después del nacimiento del bebé se inicia el periodo prelingüístico (3), específicamente con la «fase anterior a la primera palabra» (Pietrosemoli, 1987: p. 3) en la que se enmarcan, a las seis semanas, los ruidos vegetativos (3.1) como el llanto, el chupeteo y los eructos. Posteriormente, entre el mes y medio y los seis meses de vida, surgen

el arrullo y el gorjeo (o prebalbuceo), entendido este por Alarcos (1976), citado por Navarro (2003: p. 328), como «articulaciones profundas de la cavidad bucal, principalmente sonidos guturales aislados con carácter exploratorio». Harley (2009: p. 87) y Barrera y Fraca (1998: p. 150) estiman que entre las dieciséis semanas y el sexto mes el niño desarrolla tanto la risa como los juegos vocales, los cuales reportan sonidos similares al habla. Es de resaltar en este apartado que, aparte de los procedimientos recientemente descritos, los adultos y el neonato interactúan igualmente a través de otras posibilidades comunicativas, tal es el caso de las miradas y el habla dirigida al niño. Cabe señalar que, según Acuña y Sentis (2004: p. 39), alrededor de los tres meses de edad comienzan las miradas recíprocas entre el niño y sus cuidadores. Esta acción conjunta, también llamada “co-acción”, robustece el vínculo emocional y estimula al bebé a compartir experiencias. Por su parte, según Harley (2009: p. 102), el habla dirigida al niño se desarrolla cuando los adultos hablan a los bebés de una manera especial; es decir, las locuciones de los cuidadores se modifican entonativamente para que sean más comprensibles para el infante. Es pertinente acotar que, en la medida en la que el niño crece, el habla que los adultos le dirigen se va haciendo más compleja, es decir, conforme a lo explicitado por López-Ornat (2011: p. 5), «el input y el sistema de aprendizaje cambian a lo largo del proceso convirtiéndose, ellos mismos, en cada vez más complejos. El input cambia porque el sistema que aprende filtra la cantidad y la calidad del input que recibe en función de su propio estado de desarrollo».

Una vez desarrollados los sonidos vegetativos en el niño, se inicia el periodo del balbuceo (3.2) en torno a los seis y nueve meses. Barrera y Fraca (1998: pp. 88, 89) definen este proceso como una etapa caracterizada por desarrollarse una maduración del aparato fonador. A pesar de que las emisiones balbuceantes no se adapten al prototipo clásico de una palabra, ello no significa que las mismas no posean intenciones comunicativas subyacentes; aunque es de resaltar que en este periodo el niño no ha empezado aún a emplear palabras doblemente articuladas. Al atribuirse al balbuceo intenciones comunicativas, es de pensar que estas pueden estar sujetas al contexto de situación que rodea al infante, conforme a lo explicitado por los enfoques contextualistas (ver ob. cit. p. 96).

i) Adquisición: enraíza en la lingüística y refleja la influencia de Noam Chomsky. Dicho término implica que la adquisición gramatical de la lengua depende fundamentalmente de información genética (perspectiva racionalista). ii) Aprendizaje: enraíza en la psicología, y se vincula con el conductismo. A finales de los años cincuenta, Skinner propuso la experiencia, el aprendizaje asociativo, y el refuerzo de los adultos, como agentes de la formación gradual de la “conducta verbal” en el niño. En la actualidad, los modelos constructivistas-emergentistas acuñan el término iii) desarrollo como un proceso ontogénico, gradual, complejo y adaptativo para referir a la configuración lingüística del niño. (López-Ornat, 2011: p. 2).

Es decir, el infante identificará rasgos distintivos entre una palabra y otra.



En otro orden de ideas, es de resaltar que todos los niños pasan por la etapa del balbuceo, aunque no es del todo clara la forma en que las emisiones balbuceantes se relacionan con el habla posterior. Con respecto a este particular, Barrera y Fraco 1998 hablan de una «continuidad», en consonancia con lo explicitado en la hipótesis de la continuidad, la cual refiere que el balbuceo es un precursor directo del lenguaje y que en esta etapa «el niño produce los sonidos que va a encontrar en todos los idiomas», salvo en los casos donde se presentan limitaciones articulatorias. Posteriormente, este rango de sonidos se va a hacer paulatinamente discreto mediante el refuerzo de la comunidad discursiva en la que el niño se inscribe. En contraposición a lo anterior, la hipótesis de la discontinuidad (Jakobson 1968) postula que los sonidos se desarrollan en dos fases: la primera consta en el balbuceo de una amplia gama de sonidos y la segunda consiste en una súbita reducción del espectro fonológico que venía practicando el infante. Para finalizar lo concerniente a la etapa del balbuceo, es de puntualizar el siguiente par de aspectos: i) Pietrosemoli (1987: p. 15) señala que el balbuceo adquiere la estructura CV+CV y ii) conforme a lo mencionado por Harley (2009: pp. 105), dicho proceso permite a los bebés desarrollar y producir 3.3) la prosodia de su idioma .

73

En lo que respecta al desarrollo de los patrones entonativos del lenguaje, Barrera y Fraca (1998: p. 149) y Grégoire (1933), citado por Quilis (s.f.: 101), indican que aproximadamente de los nueve a los doce meses de edad, el niño desarrolla el aspecto rítmico (prosodia entonativo) de la lengua que lo rodea. Específicamente en el trabajo de Antonio Quilis, se plantea que el niño comienza a percibir la repetición de unas determinadas formas no segmentales, reconociendo de esta manera una suerte de «unidad prosódica primitiva».

En el trabajo de Barrera Linares y Fraca de Barrera (p. 99) surge la hipótesis de que en el niño un tono descendente se corresponde con la aceptación, la afirmación o la alegría; un tono medio puede significar negación e inconformidad, mientras que un tono ascendente podría interpretarse como interrogación, sorpresa o curiosidad. Según Peña Garay (2005: pp. 2 y 3) los bebés a los cinco meses son capaces de distinguir tanto su lengua materna, como las fronteras de las «frases fonológicas», todo ello a través de los patrones rítmicos que escuchan.

Harley (2009: p. 87) advierte que la diferencia entre el balbuceo y el juego vocálico es que en el primero se producen sílabas auténticas, a menudo repetidas.

Field (2004: p. 134) señala que el input, en la adquisición de la lengua materna, refiere a cómo contribuye el habla dirigida al niño y los gestos motherese en el desarrollo lingüístico incipiente.

Hockett (1971: 559) advierte que «siempre que de un continuo físico de posibilidades se extraen en esta forma ciertas regiones perfectamente discernibles unas de otras decimos que hay cuantización: lo que se obtiene es un repertorio de señales discretas». En el caso de los sonidos, se efectúa una caracterización discreta cuando estos elementos, por no usarse en un idioma, no se aplican lingüísticamente en el sistema. Al respecto, Peña Garay (2005: p. 3) y López-Ornat (2011:

Barrera y Fraca (1998: p. 121) plantean que del balbuceo, y de los patrones entonativos que de él se originan, surge el desarrollo fonológico (4) del infante. Aceña Palomar (1996: pp. 18 a 22) sigue la Teoría Estructuralista de Jakobson para «secuenciar» el desarrollo fonológico de un niño hablante del español. En primeras instancias, el menor alcanza la distinción entre la oposición vocálico frente a consonántico. Automáticamente después de esta primera distinción, se configura «el primer modelo universal de sucesividad» inherente a la constitución silábica prototípica del español (C + V) . Casi de manera simultánea se efectúa un tercer contraste entre fonemas sordos (como /p/ y /t/) y sonoros (como /m/), este último portador de mayor energía pues al ser de producción nasal implica cierta vocalización. Posteriormente, entre los doce y los catorce meses, se efectúa una «segunda serie de contrastes oclusivos» entre dos y cuatro meses después de haberse logrado tanto la distinción entre sordo / sonoro, como el desarrollo de /p/ y /t/.

74

En esta instancia, el niño desarrolla otro par de oclusivos (/b/ y /d/) que necesitan menor energía acústica y, por contraste con lo anterior, también se incorporan al repertorio fonológico del infante otros dos segmentos oclusivos (/k/ y /g/) alrededor de los dieciséis y veinte meses de edad. Seguidamente, una vez obtenidos los sonidos oclusivos, se desarrollan los fonemas fricativos, aunque en principio la distinción entre ambos grupos (oclusivos y fricativos) se demora en ser incorporada al habla del niño, hecho observable en producciones infantiles como papato en lugar de zapato. Posteriormente, se da el desarrollo de los fonemas líquidos, que en el español se registran con abundancia. No obstante, el contraste entre estos es de los últimos en ejecutarse, hecho que se puede observar en expresiones incipientes como bulo en lugar de burro.

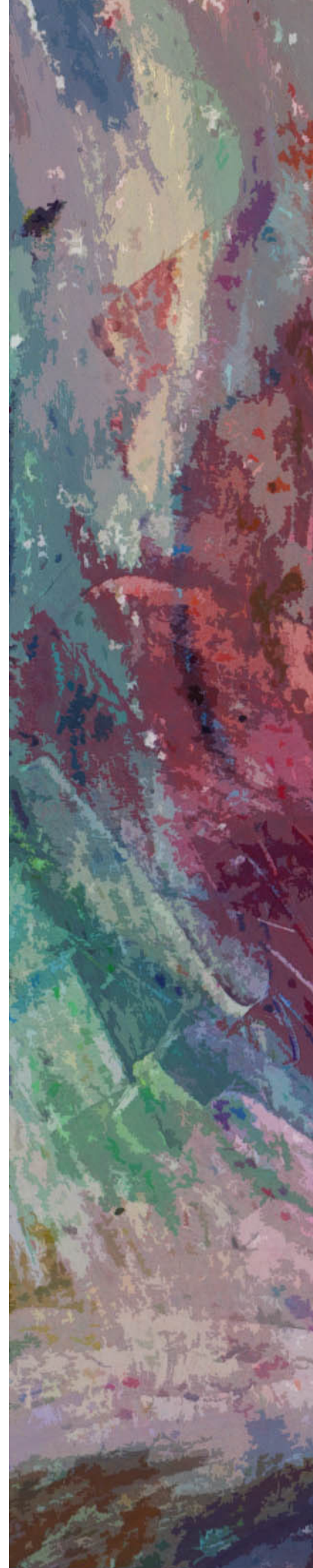
Para finalizar este apartado correspondiente al desarrollo fonológico, es de mencionar el trabajo de Pietrosevoli (1987: pp. 12 - 14), pues dicha autora advierte que a partir de los dos años «la evolución fonológica del niño se hace más clara» y es en esta fase en donde se identifican procesos fonológicos como: i) la elisión (p. ej. tene en lugar de tiene), ii) la sustitución (p. ej. poma en lugar de bomba) y iii) la asimilación (p. ej. popa en lugar de sopa).

p. 5) opinan que los infantes poseen un sistema de aprendizaje general que les permite determinar «subregularidades lingüísticas» a través de análisis estadísticos ejecutados involuntariamente.

C (consonante), V (vocal).

Esto también lo advierte Barrera y Fraca (1998: p. 100) quienes plantean que en el balbuceo se siguen ciertos «patrones entonativos» relacionados con las emisiones que escucha el niño.

A partir del conocimiento de la constitución silábica prototípica del español, surgen las primeras palabras infantiles: papá, tata, mamá. (Ver § 5.1)



Hasta esta instancia del desarrollo lingüístico ya habrá concluido la «fase anterior a la primera palabra» (fase prelingüística) y se estarían originado las primeras palabras sueltas (entre los doce y los dieciocho meses) mediante el engranaje de los primeros fonemas; en otros términos, el infante estaría iniciando su periodo lingüístico (5) propiamente dicho. A estas alturas, ya se habrá producido la llamada «primera palabra» y por ende ya el infante se habrá adentrado en los procesos concernientes al desarrollo léxico-semántico (5.1). Pietrosemoli (1987: p. 9) especifica con respecto a esta etapa que «Antes de conocer determinado significante, el niño habrá tenido contacto con los rasgos físicos de ese objeto que está aprendiendo a designar y también habrá oído numerosas oraciones de los adultos en las que mencionan el objeto en cuestión con el significante que está aprendiendo. A esto se le denomina referencia conjunta». Harley (2009: p. 107) señala que este periodo se produce desde aproximadamente un año de edad y comienza con las palabras singulares (5.2), conocidas también como la fase del habla holofrástica. Seguidamente, en torno a los dieciocho meses, se origina la explosión del vocabulario (5.3), caracterizada, generalmente, por el desarrollo mayoritario de formas sustantivas que se corresponden con la cotidianidad inmediata al niño (nombres de personas, juguetes, comida, etc.).

Es de resaltar que, conforme a Harley (2009: p. 108) «las primeras palabras surgen de situaciones donde un ejemplo de la categoría referida está presente a la vista del progenitor y el hijo». El padre señala de manera «ostensiva» (es decir que apunta) al objeto mencionado, por lo que el niño sencillamente asocia cierta imagen acústica con determinado objeto. Cercanos los dos años de vida, se desarrollan las frases de dos palabras y, posteriormente, la llamada habla telegráfica (5.4), la cual se caracteriza por la omisión de los morfemas gramaticales (como pronombres, preposiciones, conjunciones, etc.) necesarios para la organización sintáctica de las oraciones. Conforme a lo expuesto por Harley (2009: p. 111), en el desarrollo léxico-semántico el niño comete una serie de errores a la hora de representar los significados, tal es el caso de la ampliación excesiva (p. ej. denominar con el signo luna a cualquier objeto redondo) y la infra-ampliación (p. ej. referir mediante la palabra redondo a una pelota).

Una vez superado el periodo holofrástico, se inicia el desarrollo morfosintáctico (6) del lenguaje incipiente. Sobre este particular, Harley (2009: p. 118) temporaliza el desarrollo posterior al habla telegráfica, basado en el modelo de Brown (1973), de la siguiente manera: fase I y fase II (dos años) omisiones de palabras funcionales y morfemas gramaticales; fase III (aproximadamente a los tres años)

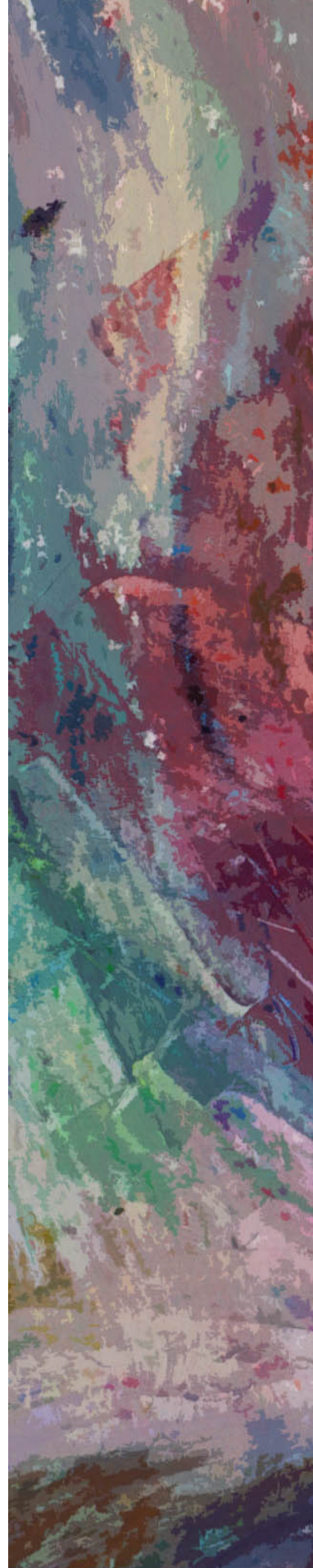
ejecución correcta de la mayoría de pluralizaciones y dominio de las reglas sintácticas básicas; fase IV y V (de los cuatro años en adelante) el niño estructura adecuadamente construcciones imperativas, negativas, interrogativas y reflexivas. Por su parte, Barrera y Fraca (1998: p. 155), en una revisión de los estudios efectuados sobre el desarrollo de las estructuras complejas en el español, observaron que los nexos coordinantes (ni, y) se ejecutan correctamente en el habla de los niños antes de los cuatro años de edad, en tanto que la conjunción adversativa sino y la disyuntiva o se desarrollan en el habla más tardíamente.

76

En cuanto a las oraciones subordinadas, según los mencionados autores, estas aparecen de forma temprana en el habla, a los dos años específicamente, Los empleos tanto de los adverbios donde y cuando, como de las frases condicionales encabezadas por la conjunción si (como marca de la prótasis) se inician a los tres años. Con respecto a la distribución de las funciones sintácticas en las oraciones, Peña Garay (2005: p. 4) señala que en español, como en otras lenguas, la mayoría de las frases respetan la estructura sujeto/verbo/objeto. Respecto a este particular, vale la pena mencionar el trabajo de Díaz Campos (2001: p. 53), pues en dicha investigación se estudia la posibilidad de posponer la frase nominal (sujeto) al verbo de la oración, cuando, conforme a lo explicitado anteriormente, lo convencional es que el sujeto gramatical anteceda al verbo.

En este sentido, resulta interesante observar cómo los niños empleados para el referido estudio, todos entre los cuatro y seis años de edad, posponen la frase nominal al verbo cuando esta refiere a una entidad [- animada] y cuando el antecedente se encuentra inactivo en las cláusulas emitidas por los niños, es decir, que el sujeto no ha sido mencionado anteriormente mediante una forma nominal o un pronombre átono. Del mencionado resultado, a juicio de quien escribe estas líneas, se puede deducir que ya a partir de los cuatro años el niño puede, siempre y cuando las posibilidades del español lo permitan, jugar con la distribución de los sujetos dentro del espectro oracional y aun así producir frases gramaticalmente correctas. Para finalizar el apartado morfosintáctico, es necesario mencionar el desarrollo de las marcas desinenciales de los tiempos verbales, para lo cual Harley (2009: p. 120, 121) advierte que la estructura del predicado verbal se consolida en el niño mediante un aprendizaje en forma de U, esto es que «el desempeño parte de un buen nivel y después empeora, antes de mejorar nuevamente». (ob. cit.: p. 91)

Peña Garay (2005: p. 4) define las palabras de función como las categorías encargadas de establecer relaciones entre las palabras. Esta tipología es de inventario finito y se corresponde con las tradicionales palabras gramaticales



Posterior a la consolidación de las habilidades morfosintácticas, el niño se adentra en el desarrollo pragmático (7) de sus habilidades lingüísticas. Pietrosemoli (1987: 10) señala que los niños desde temprana edad reconocen el significado pragmático de las oraciones; en principio se valen de la entonación para dicho proceso, aunque posteriormente reconocen los mecanismos sintácticos para ello. Durante el reconocimiento pragmático, señalan Acuña y Sentis (2004: p. 36), los niños comprenden que se pueden comunicar igualmente a través de mecanismos que adquieren significación bajo determinado contexto, tal es el caso de la gestualidad (8). González Vargas (2014: p. 97) establece que los gestos infantiles, al igual que el signo lingüístico, requieren de una estructura interna compuesta de motivaciones comunicativas que hacen del componente gestual una herramienta social de gran importancia.

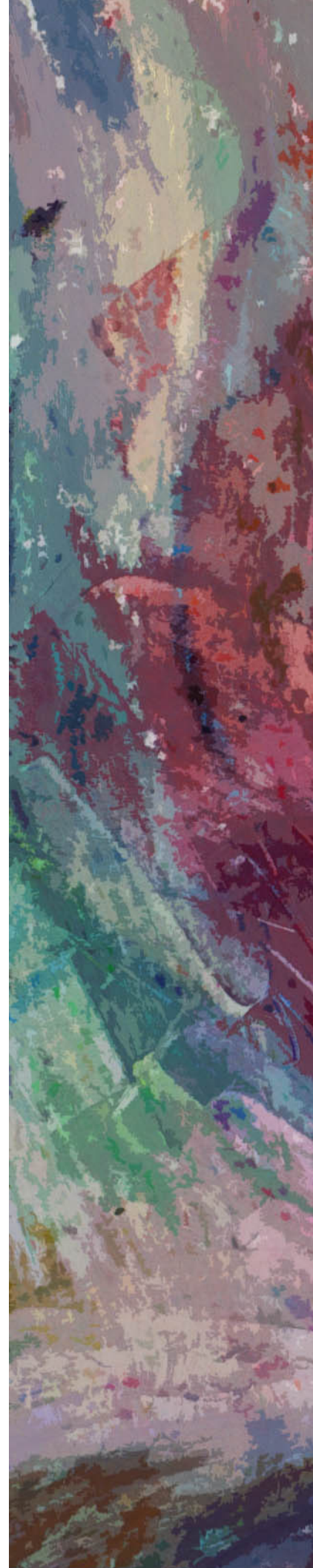
En la etapa previa al desarrollo del código verbal, los gestos representan uno de los medios más utilizados para interactuar y establecer una comunicación efectiva entre el adulto y el infante. Al igual que González Vargas, Volterra, Caselli, Capirci y Pizzuto (2005: pp. 23, 24) señalan que los niños utilizan más estructuras de gestos sin palabra, por tanto, la función comunicativa infantil se establece a través de la conducta gestual. En cambio, los adultos realizan la combinación de gestos + palabra, pues la intención comunicativa se representa por completo mediante el enunciado y el movimiento sirve para i) reforzar el mensaje verbal, ii) para evitar ambigüedades y iii) para cambiar el tópico conversacional. En cuanto a los gestos (generalmente deícticos) que el adulto dirige al niño, denominados gestos motherese, son definidos en los referidos trabajos como una tipología caracterizada por movimientos más concretos y redundantes ejecutados por la madre, o el cuidador encargado, para el refuerzo de los mensajes que se transmiten al bebé, algo similar, salvando las distancias necesarias, a las especificaciones explicitadas anteriormente sobre el habla dirigida al niño. Acuña y Sentis (2004: p. 36) señalan que los gestos se desarrollan bajo una suerte de alternancia que se estructura bajo turnos guiados en gran medida por el adulto. El reconocimiento de los «turnos comportamentales» en la comunicación gestual, constituye un importante antecedente para el desarrollo de las habilidades conversacionales (9).

Conforme a las funciones del lenguaje hablado propuestas por Hockett, acá se estaría desarrollando la función del desplazamiento, es decir, que se puede emplear el sistema de comunicación para hacer referencia a cosas que están remotas en el tiempo y en el espacio. (Harley 2009: p. 47).

Acuña y Sentis (2004: pp. 45 a 54) señalan que el desarrollo de las competencias conversacionales se origina en el siguiente orden: i) reconocimiento adecuado del tópico, pues este debe corresponderse con los temas culturalmente aceptados en la comunidad discursiva del niño, ii) iniciación del tópico, proceso que se da a partir de los once meses a través de mecanismos no lingüísticos como señalizaciones y miradas, iii) continuación del tópico, cercanos los dos años se empiezan a ejecutar estrategias para tal fin y a los tres años se manifiesta un creciente interés por mantener el tema tratado; iv) cambio de tópico, cercanos los dos y medio años los niños seleccionan sus propios temas a tratar en las locuciones; v) comunicación de referencias, entre los tres y los siete años el dominio de los mecanismo sintácticos le permite al niño referir a entidades que su interlocutor no perciba ; vi) adaptación al habla del otro, o “ cambio de código”, habilidad que se alcanza alrededor de los tres años y, finalmente, vii) en la conversación infantil, particularmente de los siete años en adelante, se desarrollan tanto la realización de peticiones, como la coordinación de mecanismos para clarificar discursivamente expresiones incorrectas, descorteses, ininteligibles, etc.

Finalmente, conforme a la terminología empleada por López-Ornat (2011: pp. 7, 8), es de hacer referencia en esta instancia a los procesos tardíos del desarrollo lingüístico (10). Según la mencionada autora, todavía a los cuatro-cinco años de edad, los niños todavía no son oradores totalmente competentes, pero tienen muy bien desarrolladas la mayoría de las destrezas fonológicas, léxico-semánticas y pragmáticas de su idioma nativo. Es a partir de esta etapa, hasta la adolescencia, cuando el desarrollo del lenguaje se rotula como tardío y el éxito más relevante concerniente a este nivel es la adquisición del componente discursivo en sus dos modalidades (oralidad y escritura). La narrativa y el diálogo, por ejemplo, son casos particulares de discurso. La habilidad narrativa difiere del diálogo pues aquella supone guiar al receptor del mensaje a través del esquema prototípico adjudicado a dicha secuencia: principio - desarrollo - fin. Igualmente la narración implica el dominio de ciertos instrumentos lingüísticos como los conectores, los marcadores de tiempo, los pronombres, etc.

Tales mecanismos cohesivos permiten al orador (o narrador) referirse a cosas que se dijeron antes. Según Shiro (2003: p. 66) tempranamente, el niño puede distinguir y producir distintos géneros discursivos, pues este participa cotidianamente en conversaciones que lo instarán a ejecutar determinados mecanismos de interacción, entre ellos la narración. La mencionada autora, citando a Shapiro (1991: 99), advierte que, aunque el niño pone de relieve diferentes habilidades para la producción de narraciones personales y ficcionales, ambos tipos de discurso emergen en sus formas incipientes casi al mismo tiempo, generalmente en los preludios a la etapa preescolar.



No obstante, las habilidades narrativas se desarrollan secuencialmente hasta la adolescencia, y son necesarias para «comprender y construir el presente, el pasado y lo humanamente posible de un modo específicamente humano». (López-Ornat, 2011: p. 8).

También forma parte del desarrollo lingüístico tardío, la correcta ejecución de recursos complejos como el humor, la ironía, el sarcasmo y la metáfora. Para finalizar la presente descripción, es importante destacar que el desarrollo lingüístico tardío dentro de las sociedades alfabetizadas incluye, a su vez, el aprendizaje del componente metalingüístico, es decir, la lectoescritura. Este desarrollo produce habilidades completamente nuevas en el niño, como el conocimiento de las respectivas correspondencias entre grafías y sonidos, aunado al importe de nuevas destrezas narrativas desde el punto de vista escritural.

Referencias

- Aceña Palomar, J. (1996). Adquisición del nivel fonológico: intervención didáctica en retrasos y trastornos fonológicos y fonéticos. *Didáctica* (8), 11-27.
- Acuña, X. y Sentis, F. (2004). Desarrollo pragmático en el habla infantil. *Onomázein* (10), 33 - 56.
- Barrera, L. y Fraca de Barrera, L. (1998). *Psicolingüística y desarrollo del español*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Díaz Campos, M. (2001). *La posición de la frase nominal-sujeto respecto al verbo: un estudio del habla infantil caraqueña*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación (UCV).
- Field, J. (2004). *Psycholinguistics: The Key Concepts*. New York: Taylor & Francis e-Library.
- González Vargas, A. (2014). La adquisición del lenguaje y la gestualidad en la interacción adulto/ bebé/objeto. *Fuentes Humanísticas* (49), 97 - 111.
- Harley, T. (2009). *Psicología del lenguaje: de los datos a la teoría*. España: S. A. McGraw-Hill/Interamericana de España.
- Hockett, C. (1971). *Curso de Lingüística Moderna*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- López-Ornat, S. (2011). La adquisición del lenguaje, un resumen en 2011. *Revista Logopedia* (1,1), 1 - 11.

Navarro, P. (2003). Adquisición del lenguaje. El principio de la comunicación. CAUCE: Revista de filología y didáctica (26), 321 - 347.

Peña-Garay, M. (2005). Habilidades lingüísticas en los niños de un año. Revista NEUROL (40), 1- 8.

Pietrosemoli, L. (1987). Elementos de Psicolingüística (Tesis). Mérida: Universidad de Los Andes.

Quilis Morales, A. (s.f.). La entonación en el proceso de adquisición del lenguaje. Revista CAUCE (3), 101 - 105.

Shiro, M. (2003). Genre and evaluation in narrative development. J. Child Lang (30), 165 - 195.

80 Volterra, V. Caselli, M. Capirci, O. y Pizzuto, E., The Role of Gestural Input in Hearing Mother-Child Interaction. En Tomasello, M. y Slobin, D. (comps.). (2005). BEYOND NATURE-NURTURE (pp. 23 y 24) New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Publishers.

